

LA PRESENCIA DEL ÁNGEL EN LA OBRA DE JOSÉ ÁNGEL VALENTE

M^a Ángeles Lacalle Ciordia

Centro Asociado de la UNED de Tudela

Abstract

The angel is found inserted into the process which the poet has undertaken of the understanding of himself and of the world. This understanding is found in the name. For that reason the poet converts his life into a fight for the name. The angel or the oblique word moves between the visibility and the invisibility, between the speech and the silence, between the audible and the no audible, between the chosen and the undescribable, in a never ending return to the origin and once this is achieved, into a melancholic return to the essential word which dwells in the person. This links him to God by an unextinguishable desire to reconstruct and live the original language.

Resumen

El ángel se halla inserto en el proceso de conocimiento del mundo y de sí mismo que lleva a cabo el poeta. Este conocimiento se halla en el nombre. Por ello, el poeta convierte su vida en una lucha por el nombre. El ángel o la palabra oblicua se mueve entre la visibilidad y la no visibilidad, entre el decir y el callar, entre lo audible y el silencio, entre lo preferido y lo indecible en un eterno retorno al origen y, una vez alcanzado éste, en un retorno melancólico a la palabra esencial que habita el hombre. Ésta lo vincula a Dios por un deseo no extinguible de reconstruir y vivenciar el lenguaje original.

Hemos hecho un recorrido por la obra poética de Valente en verso y prosa para interpretar la figura del ángel. Desde el principio el ángel aparece inserto en un proceso poético de autoconocimiento. El ángel es el concededor del nombre, la fuerza mediadora entre la realidad inmutable y la fenoménica, el anunciador de la destrucción del mundo, el exterminador de la muerte corrompida, el filo o lugar interpuesto entre la muerte y la oscura luz de la verdad, lo no visible, la inspiración, el lugar natural de la palabra o la indeterminación, lo indistinto, el espacio oblicuo del otro suspendido entre el vacío oscuro y la luz, la tentativa del sonido primordial de la luz, la revelación del dios en las arenas del desierto, la fulguración instantánea del canto o del poema, el fragmento y la ausencia como presencia de lo divino, la indistinción entre el otro y la palabra incomunicable como vamos a ver.

Valente, desde el inicio de su obra poética, busca restablecer la unidad del lenguaje primordial, la palabra original que perdimos por la caída del paraíso y que contiene la experiencia original. En este sentido recoge Valente las palabras de Eliot: “Tuvimos la experiencia pero perdimos el sentido / aproximarnos al sentido restaura la experiencia”^[1].

En el punto de intersección entre el eje horizontal y el vertical se abre el origen hacia la verticalidad de la luz, es el eje de un tiempo suspendido. La palabra de Valente experimentará ambos ejes en un doble sentido, por un lado, destruirá todo aquello que le impide ser y a la vez revelará cuáles son estos obstáculos y, por otro, irá abriendo nuevos espacios de ausencia para llegar a la transparencia del nombre. Como consecuencia del cruce de ambos ejes Valente mezcla en su escritura un yo existencial y yo metafísico, lo cotidiano y lo ficticio, lo realista y lo simbólico, la claridad y el misterio, lo visible y lo no visible... hasta alcanzar el sueño unitario del ángel andrógino. Pero la tensión en la verticalidad se prolongará hasta conquistar la transparencia de la luz tenebrosa que se yergue en el abismo de la palabra original. Palabra irónica y oblicua que no atiende al pensamiento racional sino que sobrevive en la inminencia de la sobreabundancia y multiplicidad de sentidos. Palabra de tiniebla, cortada de toda palabra. Palabra esencial en la que se experimenta lo uno y lo mismo. Lo divino.

Empecemos nuestro viaje a lo largo de la obra poética de José Ángel Valente. Nuestro camino lo constituye el descenso a la memoria individual, colectiva y de la materia o del mundo. Se inicia en el desierto que es el lugar de la experiencia de la palabra poética. En el no lugar o en el vacío tiene lugar la escucha de la palabra. El poeta asume, según Valente, un «estado de disponibilidad y de receptividad máximas caracterizado por la tensión entre ausencia e inminencia. Ausencia e inminencia del Nombre en el no lugar donde se inicia la revelación»[2].

La obra de Valente se inaugura en este lugar extremo o filo donde se hace imposible el decir y a la vez es el único espacio real en que la palabra encuentra manifestación. Ya en la primera obra *A modo de esperanza* (1954)[3], en el poema titulado “*El ángel*”[4], Valente muestra al yo poemático en el descenso a la memoria individual, en medio de la experiencia poética. El yo poemático se halla inmerso en la nada, en el desierto o punto cero buscando la verdad del todo en el que se halla suspendido. En la filosofía antigua se establece una implicación recíproca entre verdad y todo. Dirigirse al todo significa recorrer el límite extremo más allá del cual nada existe y lograr la unidad de las cosas más distintas y antitéticas. Este punto cero es el espacio del vacío primordial y, por tanto, el de la verdad reunida en el todo donde cabe:

Todo menos la muerte,
menos la vida,
el amor o el
odio.

En este todo absoluto no cabe lo que deviene. Hay, pues dos realidades, la realidad inmutable del todo y otra realidad analógica a la del todo que comienza en el vacío deviniente de lo que nace, muere y se sustenta por el movimiento contradictorio del vivir-morir y amar-odiar. Lo que Valente pretende es buscar la unidad del todo analógico con la del todo inmutable que le dará la verdad del mundo.

En el punto de intersección entre ambas realidades, la analógica y la inmutable, emerge el ángel a cuyo espacio accede el yo poemático por la muerte. La verdad la tiene el ángel («con su terrible luz») que será la estructura de la palabra poética de Valente. El yo poemático lucha contra el ángel por esta verdad que contiene su luz, cada uno con sus armas. El ángel porta la luz de la revelación de la verdad y el yo poemático, irónicamente, una «pequeña flor» que expresa la unidad alcanzada por la muerte.

Valente expresa este combate por la verdad o por el lenguaje originario como un juego impreso en la «flor».

he cubierto mi mesa con su tapete verde
y me he sentado cuidadosamente a deshojar
esta pequeña flor
[...]
jugaba contra el ángel,
jugaba al sí y al no.

El juego es una lucha a vida o muerte contra el ángel cuyo éxito depende en última instancia del azar. Este esfuerzo humano y mallarmeano de arrojar el dado supone al poeta morir a su condición humana y situarse en un espacio superior al resto de los hombres que le permite aprehender el nombre.

Al fin me diste un nombre.
Yo tenía una flor,
tú una espada de fuego. Yo
la sola libertad de querer tu victoria.

El nombre supone un avance en el autoconocimiento del yo oculto e interior. En este sentido recordemos la lucha bíblica de Jacob contra el ángel por la palabra o por el

nombre revelador. “Quedóse Jacob solo, y hasta salir la aurora estuvo luchando con él un hombre” (*Génesis*, 32).

Otras veces, el ángel ya no es el rival del yo poemático sino el que le custodia para que mantenga el compromiso que ha contraído consigo mismo de conocerse cada vez más. Y esto trae consigo una búsqueda de la palabra primitiva que le dé a conocer su origen y el mundo no visible que desconoce, pero presente, y que el ángel ya le ha adelantado, enigmáticamente, en el nombre. Por ello, el ángel le azuza para que se mantenga vigilante en la noche («un ángel / descendía a avivar»). El yo poemático lo confunde con el alba.

a veces lo confundía
con el alba, pero
el alba no podía venir.

Éste es el difícil y duro comienzo del poeta en el conocimiento de sí mismo y del mundo: confunde el ángel con el amanecer de lo posible.

Esta confusión persiste en el poema “Misericordia”^[5] en el que la palabra es lugar de interrogación, de negación y de creencia. El yo poemático reconoce, incluso desconociéndola, alguna forma de lo divino, de lo originario restaurado que llama «misericordia». La invoca desde una realidad, que puede ser la existencia mortal cuyo sueño le impide ver la verdadera vida. El «agudo filo» separa la apariencia y el ser, la duda y la fe, el sueño y la verdad. El «filo» es «agudo» porque la revelación de lo divino se oculta en su manifestación, según Heidegger.

Pero a ti, que no estás
ni sé quién eres:
[...]
Dime
quién eres,
desde cuando
existes,
por qué te niego
y creo.
Creo.
Entre verdad y sueño,
agudo el filo
que separa la vida

En este espacio medial del «filo» ¿de qué lado está la misericordia? Pide misericordia. Para María Zambrano la misericordia es una forma de relacionarse con lo divino^[6], y este aprendizaje es el que pide Valente.

Del espacio vacío y generador que deja el ángel exterminador emerge “la palabra plena de sentido y a la vez históricamente cortada del mundo de las significaciones”^[23] conocer, porque no tiene la palabra verdadera. Todo es oscuridad de la muerte («Aquí hecido de muerte estoy») ^[9]. A pesar de todo, el yo poemático intenta crear un recinto cerrado de vida, pero es inútil, la muerte lo derriba. Sabe que tiene que perforar todas las infinitas capas de la memoria para llevar la experiencia hacia el origen, hacia el principio -lugar de la palabra- para que en esta unidad originaria la experiencia quede restaurada. El ángel se manifiesta también como lo no visible. Y, por esto, la palabra es el lugar de combate contra lo vivido oscuro, para destruirlo, y contra el ángel que le oculta y no le desvela la verdad. El yo poemático asume, humildemente, la fatiga dolorosa de la vida como combate enfrentándose a ella con un compromiso religioso. «El ángel estaba literalmente pegado a la esquina, disimulando alas y plumaje [...] Sin embargo, nadie había reparado en él. Nadie. Y es lógico. Quién va a ver un ángel en Caracas.»^[25]

Además, se mantiene el concepto de que el ángel es el conocedor del nombre:

Aquí libro batallas

contra el viento, incluso
«Y a ti, Valentín, como podría engañarte. Acaso no sabía él las letras de tu nombre?»^[26].
contra un ángel (aún cojeo

hacia el lado de Dios).
En este sentido, P. Secret apunta: “Antes de la caída sólo había un nombre. El pecado le ha hecho perder al hombre su conocimiento, y Zacarías ha anunciado el día en que será Uno y su nombre Uno”^[27]. El que conoce el nombre ocupa un estado superior.

pb responde a esperar el alumbramiento de lo vivido y no conocido, y en acto de rebeldía, se afirma como hombre y rechaza su condición superior que el ángel le había revelado («Nunca un ángel recorda que el nombre de Dios es la yuxtaposición de todas las palabras de la lengua. Cada palabra, y no es más que un fragmento, separado del nombre. Unas, no es todo, que una palabra. Toda relación con el Nombre y el Dios pasa por el vocable» [28]). El hombre espera porque no hay tregua, pero sí, esperanza y confianza en el esfuerzo personal. En este sentido, dice Heidegger:

Valente trasciende la caída, porque para él “la caída no interrumpe el orden de la creación por la palabra sino que, por la apertura, llega a donde la apertura se hace sucesión de los tiempos, como una forma perpetua de volver al origen de la creación: a la lengua unitaria que permite la natural comunicación de los vivientes (Sein) para sostener el hacerse presente de la verdad del ser. Sólo como usado de este modo “es” hombre el hombre [9]. El protagonista de esta narración es Valentín Israel Valente. Nos damos cuenta que el segundo nombre del protagonista, “Israel”, es el que Jacob recibió del ángel cuando

En este descenso a la memoria, el yo poético busca la palabra única para conocer y conocerse. Para Valente en el fondo infinito y oscuro de la memoria «acaso se encuentra la palabra única, la palabra que fue, no sabemos cuando nuestro origen» [10]. Pero en este camino de descenso a la memoria, de momento, no hay amanecer porque la muerte permanece sepultada en muchos estratos de la memoria, y solo su destrucción continúa revertiría en un verdadero renacer diamantino («como un gran río dura [...]/ el poder de la muerte» [11]). Es inútil levantar barreras, crear un espacio de acceso porque la mentira o la oscuridad del mundo se desarrolló, y con ella, nuestro pan de cada día. Y el ángel anuncia la destrucción del mundo a través de la escritura («Escribe el ángel: En la narración de “El ala” de la misma obra, el ángel se manifiesta de forma ambigua. Valente presenta una escena literaria en la que el ángel se desenvuelve con una gran familiaridad, y a la vez es un personaje desconocido y conocido para el protagonista.

Al fin, sobre el desnudo torso
«le produjo perplejidad encontrarse al abrir con un desconocido, aunque debía confesar que el
brilló el acero al aire,
recién llegado no le pareció totalmente desconocido» [31].
puro como el ala de un ángel.
Mas no era un ángel.
El protagonista se reconoce en la figura del ángel, a la vez que el ángel se manifiesta en una lengua extraña. Esta lengua originaria, según Valente, es el medio de comunicación entre los estados superiores del ser. El ángel muestra la identidad y la representación [15]. Valente presenta esta situación infernal de ausencia de lo divino diferencia. La aparición va deshaciéndose a la vez que el yo poético se va saturada de injusticia humana a través de la recreación de varias imágenes apocalípticas, disolviendo.

«aquel objeto de doble filo, curvo y delgado como ala o alfanje [...] se le hundía en el pecho con implacable suavidad.» [32].
El día en que los ángeles fuercen en las redondas

Para Valente el sacrificio es dividir y reunir [...]; la diseminación, el desmembramiento y la ocultación del nombre estarían complementados [...] por el reconocimiento y la reunión de lo disperso, [y] por la reconstitución del nombre o de los nombres, de las variantes del dios. [...] reunir lo disperso es lo mismo que encontrar la Palabra perdida [33].
Los ángeles tocarán los clarines y nadie les hará caso. La ausencia de lo divino insembrará injusticia y desorden en el mundo. Valente quiere incorporar a la realidad del mundo el orden nuevo de la justicia. Nuestro poeta se vale de imágenes bíblicas distorsionadas y fantásticas para llamar la atención sobre el llanto infernal del hombre y su incapacidad de acceder a lo originario vivido y no conocido. Esta palabra de doble filo “dividir-reunir, diseminar-unir” se muestra en la narración “Variación sobre el ángel” del libro *Nueve enunciaci* [34]. En ella, el poeta plantea el tema de la inspiración en la escritura a través de dos poetas.

En el fragmento titulado “El poema” [16] Valente propone crear un poema que sea un instrumento hiriente de combate, constituido por la “materia incandescente, el mundo de los dioses, el flujo original, el fuego” [17]. Una saeta amarga, destructora de la realidad injusta y reveladora de realidades más profundas del pasado originario vivido y no conocido («En su paso a través del ángel» se deshace hacia el origen, y se reencuentra en «materia musical y cantada»). Cuando este poeta se sienta a escribir, llega a ser el autor de escritos que sus críticos ingen, incluida la manipulación de la inspiración divina. El poema se levanta como arma destructora de todo aquello que oculte la verdad o la dimensión de lo divino en el hombre que traerá la justicia o salvación al mundo.

«El poeta fue expuesto, con la boca abierta [...] para que el común de las gentes pudiera ver al ángel». Agone es el cuerpo hiriente que encabeza la lucha por un lenguaje unitario que exprese la totalidad primordial de fondo originario, de la manera que ellos son los

Estos críticos ingen, incluida la manipulación de la inspiración divina. El poema se levanta como arma destructora de todo aquello que oculte la verdad o la dimensión de lo divino en el hombre que traerá la justicia o salvación al mundo.

«El poeta fue expuesto, con la boca abierta [...] para que el común de las gentes pudiera ver al ángel». Agone es el cuerpo hiriente que encabeza la lucha por un lenguaje unitario que exprese la totalidad primordial de fondo originario, de la manera que ellos son los

receptores directos de la inspiración divina ya que tanto el poeta como el músico «necesitan la cualidad del oído para saber percibir cuando chocan dos palabras y producen un ruido especial. Este ritmo empieza a crear el latido del corazón, y entonces empieza a vivir un ser, y a ese ser lo llamamos poema»[35] y en el texto «óperas».

Y el segundo poeta «quería componer himnos [...] y le salía un plañido o una rota palabra amarga o melancólica». La intencionalidad del poeta fracasa en la escritura poética, porque “el éxito de la palabra poética está sobre la intencionalidad”[36]. Este fracaso de la escritura intencional lo expresa el «ángel caído». Según Valente cuando el poeta se pone a escribir no sabe qué va a decir, es la palabra la que le guía, o en palabras de Novalis “No es escritor quien domina el lenguaje, sino quien es capaz de dejar que el lenguaje hable en él”.

En la obra *Interior con figura*, en el poema “Consideración de la mirada” [37], el yo poemático vivencia la luz del ángel de un mundo pleno que proyecta la experiencia de la unidad del origen. Pero esta unidad no se completa nunca, de ahí la «melancolía». Esta mirada profundiza en el fondo blanco y su infinitud se proyecta sobre un paisaje también blanco. El yo poemático ha alcanzado la mirada originaria del ángel andrógino de la melancolía. Según Valente, para los poetas antiguos, el andrógino “significa un estado muy elevado de la naturaleza y de lo divino”[38].

Miraba desde dentro de la luz de un sueño
como el ángel andrógino
de la melancolía.

Esta materia en blanco es el “cuerpo” borrado por la muerte. El eje horizontal se ha reducido al vertical y el yo poemático a su origen. El eje vertical es el lugar natural de la palabra poética. En la infinitud de este cuerpo o materia o memoria del mundo se abre paso el deseo de vislumbrar lo divino. El deseo de ser abre la claridad del conocimiento de la sombra. Para Valente «el poema nos invita a una experiencia oscura, a una inmersión en las capas sucesivas de la materia o de la memoria» en un deseo infinito de permanecer abierto en el interior de sí y de este modo la palabra es experiencia de la interioridad.

*como el ala del ángel
abriéndose en el seno de la sombra*

En el origen o lugar natural de la palabra, coincide el punto de encuentro de la visión y de la no visión. En ese punto oscuro se produce el encuentro con el ángel. El ángel es la indeterminación de la palabra que nace, descondicionada, en «la precisa línea» en que la noche retrocede. Escritura intersticial o invisible e ilegible. El ángel es lo posible antes de la llegada de la luz. El yo poemático reconoce al ángel por tres de sus cualidades: la plenitud absoluta de su oscura luz, su no visibilidad y el extremo límite en el que se mueve. En este sentido dice Valente lo que se menciona con la palabra «ángel» “es una realidad que está más allá de lo visible porque la poesía se produce justamente en esa frontera en que hay que abordar lo invisible para que aparezca como tal, como invisible”[39].

Reconozco tu oscura transparencia,
tu rostro no visible,
el ala o filo con el que he luchado[40].

El ángel es el lugar del comienzo o del origen: del comienzo perpetuamente comenzando. Es un yo informe donde se «incorporan perpetuamente la formas». Es el mundo del perpetuo movimiento de la formación.

Estás o vuelves o reapareces
en el extremo límite, señor
de lo indistinto

Valente implica al ángel en la creación literaria.

La sombra y la luz son inseparables, se implican mutuamente. Hay más en la sombra que en la luz («¡Oh noche amable más que la alborada!»). El ángel aparece en la indistinción de ambas.

“a la transformación del día anterior al de la luna nueva en uno de ayuno y expiación [...] Este momento festivo expresaría la caída que representa el exilio y la regeneración de la luz después de su completa extinción, que constituye una garantía de la futura restauración de todas las cosas en la salvación” [45].

En este camino de restauración y vivencia de lo originario emprendido por Valente, el poeta ^{Pero tu regresaste} propone ^{como regresan los héroes y los reyes muertos} no volver a la noche del pasado donde había muerte o incapacidad de ser y descender a la luz primera para renacer. En este sentido, para Valente, el filo es el lugar del alba, «del despertar, el modo y lugar del preaparecer de esta luz primera ^{En la ventana vacía} y absoluta intensificación de la manifestación antes de entrar en el orden de las ^{de este que, un cuchillo,} significaciones» [46].

el filo agudo de una palabra
El filo:
colmada en el aire, tu desdibujo
y tu color de olvido.[43]
la simple salutación.

Esta frontera de indistinción o espacio de «el ala o filo», que a lo largo de la obra de Valente, ^{Pero a la vez «el filo» es lo que nos separa de nuestra verdadera imagen. Por esto, aparece bajo otros nombres como «umbral», «borde», «perfil», «margen», «sesgo», «abismo», «límite», la celebra Valente en un poema titulado «Yom Kippur» [44], proyecte una mirada ciega en la que no es necesario ver porque de ella mana la plenitud de la visión, de forma que este espacio desnudo queda iluminado por la propia ceguera.} aparece bajo otros nombres como «umbral», «borde», «perfil», «margen», «sesgo», «abismo», «límite», la celebra Valente en un poema titulado «Yom Kippur» [44], que trata sobre el día del perdón y de la reconciliación. Según Scholem, este día se refiere. En este sentido para Valente:

“se llega al ver desde una inmersión en el no ver. Se llega así al punto cero, al punto oscuro que ha de ser iluminado por la ceguera. La ceguera es la mirada del vidente, del que realmente ve” [47].

De este espacio del no ver emerge el canto ininteligible.

Y canta
como un pájaro ciego en este día
indescifrable del perdón.

Para Valente:

“Por esencia ella [la poesía] trabaja, en efecto, en la conversión incesante de un lenguaje sometido a la vista en un lenguaje productor de visión. Como tal, ¿qué hace la poesía más que emplear todas sus fuerzas en revertir la relación primordial entre el lenguaje y la vista hasta hacer que el lenguaje sea él mismo el Origen, el destello, el resplandor del Origen?» [48].

El yo poemático ya ha alcanzado la anterioridad-interioridad divina perdida u oculta en el hombre. Para ello se ha ido vaciando de las múltiples cimas de vacío conquistadas a la infinitud de la materia única que le permitía el acceso a la mayor transparencia porque ésta era el lugar de manifestación del dios o de lo divino. A estas alturas de la obra de Valente, en *Al dios del lugar*, el yo poemático es un ser divinizado o santificado en el que se ha dado una transmutación de lo humano a lo divino en la que se conjuga la suma ignorancia junto a la mayor sabiduría.

Me diste
a beber sangre
en esta noche.
Fondo
del dios bebido hasta las heces.[49]

Y en el espacio sagrado vacío entre el yo borrado y su sombra se halla el otro, el

pensamiento divino, el espacio de la imaginación creadora, la oscura transparencia o lugar indistinto del ángel, el espacio anterior a la intensidad de la palabra primordial, el lugar del álef. En este sentido apunta Valente: “La poesía consigue que lo invisible se muestre como invisible. No cambia su naturaleza. Y eso sería el ángel y sería también el dios, que sólo se posa cuando tu te borras, cuando el signo ha desaparecido y ha dejado espacio para él[50].

EN EL ESPACIO
entre él y su sombra desdoblada,
el ángel es, pensó,
irónico y oblicuo[51].

Recordemos que el ALEF para Valente es el título del primer poema del libro *Tres lecciones de tinieblas*

«En el punto donde comienza la respiración, donde el álef oblicuo entra como intacto relámpago en la sangre: Adán».

En este espacio anterior a todo lo creado, donde empieza la respiración creadora el ángel, Adán y el yo poemático se identifican. Según Scholem[52]:

“Todo lo que les fue revelado, lo que Israel escuchó no era sino el *álef* con que comienza el primer Mandamiento en el texto bíblico hebreo, el álef inicial de la palabra *Anojí `yo`* [...] La consonante álef sólo representa en hebreo el movimiento inicial de la laringe (como en el griego el espíritu suave) que precede a una vocal a principio de palabra. Esta álef constituye por así decirlo, el elemento del que proviene cualquier sonido articulado, y de hecho los cabalistas han considerado como la raíz espiritual de todas las demás letras, que contiene en su esencia todo el alfabeto y con ello los elementos del habla humana”.

Jorge Luis Borges añade que para la Cábala “esta letra significa el *En Soph*, la ilimitada y pura divinidad; también se dijo que tiene forma de un hombre que señala el cielo y la tierra para indicar que el mundo inferior es el espejo y es el mapa del superior”[53].

De estos textos de la Cábala y de Borges extraemos que en el espacio anterior a lo creado o lugar del ángel se inicia, perpetuamente, el movimiento lingüístico de la palabra inicial o del nombre del que procede todo lo creado. Además alude al filo o doble naturaleza de lo creado en el que el ángel expresa la diferencia o el estado superior de conciencia al que el hombre puede acceder para que perdure la creación por la palabra. Conciencia angélica inundada por el lenguaje original. Para los cabalistas, los ángeles son materia de “las inteligencias separadas, incorpóreas e insensibles derivadas de la virtud de Dios”[54]. Esta materia o hálito es principio de todo y donde se halla la potencialidad de volver a empezar de nuevo el mundo.

En este nuevo espacio engendrador, antesala de la luz, los ángeles son prefiguras o manchas oscuras que se insinúan en el borde oscuro de la luz. La inspiración se (re)inicia en el punto desbordante de las tinieblas antes de transformarse en línea y punto de percepción. Esta insinuación de la luz es tentativa de la plenitud del sonido o del silencio primordial. Inminencia en la espera.

LÍNEA o modulación, apenas
trazo, tentativa del cuerpo, envite
oscuro
del ángel que aún no puede
afirmarse en el borde
sumido de la luz[55].

En este espacio oscuro de la luz, Valle-Inclán aconseja: “alumbra en ti la triple llama, junta la voz sagrada del barro y la voz genética de la forma, con el gemido de tu conciencia angélica”[56].

En otro poema del mismo libro titulado “(Ángel: Segunda elegía)” [57] el conocimiento divino se revela en este espacio primero engendrado por el amor que se entrega, precisamente, como alimento de amor.

La luz se derramó
en los manteles limpios de la tarde.

La mesa estaba puesta,
caliente todavía el pan

Fragmentos, residuos cantables abiertos en la infinitud o nostalgia del poema. Escritura de la palabra primera situada por el estado de la palabra del ángel se introduce como un momento de renovación definitiva. La figura del ángel permanece en el espacio de la misalada postura de llegada que de salida. Salida y retorno se reunifican en este punto lumínico de revelación. Su mirada vacila en el espacio de la luz y ésta misma le retiene. Ha bebido de nuestra luz interior, a la luz de la propia luz conquistada por el sacrificio del hombre, y, ahora, en el espacio de la luz del ángel, permanece en esta sed inmortal [58].

Desde la lejanía de estos fragmentos angélicos toman el «color de olvido». El poeta ha experimentado lo más profundo de la palabra o del otro, y hoy consumido en esta experiencia retorna transfigurado a una cotidianidad infinita que constituye el “Ansa de lo Lejano” [62].

Y sobre el mundo se revela la luz fugitiva y abrasadora del ángel o de lo divino. Este chorro súbito del conocimiento divino o del mundo superior se manifiesta ocultándose y dejando suspenso el decir. En este punto suspendido, para Valente, «se hace el silencio en el interior de un silencio. Secreto o enigmático estar de la palabra en el verso» [59].

tan sólo ángeles de olvido.

El poeta experimenta este horizonte abierto en el que respira o absorbe lo no visible de su naturaleza angélica olvidada o perdida. Al decir Valente «tan sólo ángeles» es porque, ya ha vivenciado este estado angelical otras veces, y su deseo sería, ahora, el de elevarse más allá en el descenso de este infinito originario desconocido. En este estado sagrado del pensar contemplativo acude la familiar figura del ángel que en su aparición no se distingue del yo poético o de la palabra tanteante. Sin embargo, sí se diferencia por la necesidad de tener un espacio para seguir existiendo. Todo es vacío y en el extremo o cima del vacío o del blanco se manifiesta, súbitamente, la luz de lo recibido: la revelación del dios en las arenas del desierto o en la escritura. Y en la cima queda la ausencia o presencia del rostro divino. El fin del viaje es el principio.

para ver dónde estás y depositas
al pie de tus cenizas,
húmedo, un ramo
de lluvia o de tristeza [63].
Y nada

Para Valente, en su último libro *Fragmentos de un libro futuro*, la palabra tiene plena libertad para hablar en el poeta. Habla desde los dos lados del espejo, desde el oscuro y el iluminado, desde fuera del mundo.

Por último, si en la escala del conocimiento, que hemos seguido, en el descenso a la memoria, el proceso de desvelamiento del conocimiento interior del mundo y de sí mismo iba desde la oscuridad de la muerte hasta las primeras tinieblas, y el gris de éstas lo habíamos perforado hasta llegar a la materia única en la que el gris se abría a la luz del blanco, ahora, en *No amanece el cantor*, el vector que propone Valente es del «blanco, azul y ángeles». El evento (ereignis) como concepto fundamental de la filosofía de Heidegger, *Logos*, vol. 18, núm. 53, 1990. Se trata de una gradación instantánea de eternidad, *disolución, plenitud y transparencia* en la que se ofrece el conocimiento divino o inconocimiento, de forma inmediata. Fulguración instantánea del cuerpo celeste del poema. En este sentido, para Borges, Jorge Luis, *El aleph*, Madrid, Alianza, 1995. El poema se le presenta al lector; lo que éste primero recibe es la presencia, y ésta es la primera forma de conocer. Es un conocer característico del poético, o “de los ángeles”, Valente genera los grupos poéticos que la simbolización es

existencia de los «mediocres», *ABC Cultural*, núm. 411, 11-12-1999.

Rodríguez Fer, Claudio, *Material memoria*, Júcar, Gijón, 1994.

Satz, Mario, *Umbría lumbre*, Hiperión, Madrid, 1991.

Scholem, Gershom, *La cábala y su simbolismo*, Madrid, Siglo XXI, 1992.

Secret, F., *La Kábbala cristiana del Renacimiento*, Madrid, Taurus, 1979.

Izutsu, Toshihiko, *Sufismo y taoísmo*, Siruela, Madrid, 1997.

Urs Von Balthasar, Hans, *Gloria*, 3, Ediciones Encuentro, 1987.

Valente, José Ángel, “Del conocimiento pasivo o saber de quietud”, *El País / Arte y Pensamiento*, 26-11-1978.

---, “Ungaretti Inocencia y memoria”, *Diario 16 / Culturas*, núm. 149, 13-2-1988.

---, *Lectura en Tenerife*, U. I. M. P., Santa Cruz de Tenerife, 1989.

---, “Jabès o la inminencia”, *Libros / El País*, 13-1-1991.

---, *Variaciones sobre el pájaro y la red*, Barcelona, Tusquets, 1991.

---, *Las palabras de la tribu*, Barcelona, Tusquets, 1994.

---, “Sobre el lugar del dios”, *Diario 16 / Culturas*, núm. 489, 20-5-95.

---, “La lengua de los pájaros”, *Diario 16 / Culturas*, núm. 502, 23-9-1995.

---, *El fin de la edad de plata seguido de Nueve Enunciaciones*, Barcelona, Tusquets, 1995.

---, *Cántigas de Alén*, Consorcio de Santiago, Barcelona, 1996.

---, *Obra poética Punto cero 1 (1953-1976)*, Alianza, Madrid, 1999.

---, *Obra poética 2 Material memoria (1977-1992)*, Alianza, Madrid, 1999.

---, *Fragmentos de un libro futuro*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2000.

Valle-Inclán, Ramón María, *La lámpara maravillosa*, Madrid, Austral, 1974.

Zambrano, María, *El hombre y lo divino*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1993.

[1]. Valente, *Las palabras de la tribu*, Barcelona, Tusquets, 1994, p. 61

[2]. *Variaciones sobre el pájaro y la red*, Barcelona, Tusquets, 1991, p. 254

[3]. La paginación de los versos de Valente se refiere a las antologías de José Ángel Valente, *Obra poética Punto cero 1 (1953-1976)* y *Obra poética 2 Material memoria (1977-1992)*, Alianza, Madrid, 1999.

[4]. José Ángel Valente, *Obra poética Punto cero 1 (1953-1976)*, op. cit., pp. 19-20. Ver un amplio comentario sobre este poema titulado “El ángel” en nuestro estudio *La poética de José Ángel Valente*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2000, pp. 275-284. [5]. José Ángel Valente, *Obra poética Punto cero 1 (1953-1976)*, op. cit., pp. 31-32.

[6]. Zambrano, *El hombre y lo divino*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1993, p. 222.

[7]. José Ángel Valente, *Obra poética Punto cero 1 (1953-1976)*, op. cit., p.

[8]. Ibid., p. 85.

[9]. Modesto Berciano, "El evento (ereignis) como concepto fundamental de la filosofía de Heidegger", *Logos*, vol. 18, núm. 53, 1990, p. 39.

[10]. *Lectura en Tenerife*, U. I. M. P., Santa Cruz de Tenerife, 1989, p. 26.

[11]. José Ángel Valente, *Obra poética Punto cero 1 (1953-1976)*, op. cit., p. 145.

[12]. Ibid., p. 146.

[13]. Ibid., p. 242.

[14]. Los «ángeles» son en hebreo «dioses», en el sentido genérico que esta palabra tiene en tiempos antiguos de Israel.

[15]. José Ángel Valente, *Obra poética Punto cero 1 (1953-1976)*, op. cit., p.

273. [16]. Ibid., pp. 392-393.

[18]. José Ángel Valente, *Obra poética Punto cero 1 (1953-1976)*, op. cit., p. 273. [17]. Valente, "Sobre el lugar del dios", *Diario 16 / Culturas*, núm. 489, 20-5-95, p. 28.

[19]. Valente, *Las palabras de la tribu*, op. cit., p. 71

[20]. "El escorpión amigo de la sombra", José Ángel Valente, *Obra poética 1 Punto cero (1953-1976)*, op. cit., p. 396.

[21]. Valente, *Las palabras de la tribu*, op. cit., p. 270

[22]. Valente, "Del conocimiento pasivo o saber de quietud", *El País / Arte y Pensamiento*, 26-11-1978, p. V.

[23]. Valente, *Las palabras de la tribu*, op. cit., p. 62

[24]. "Sobre el nombre escondido", op. cit., p. 3.

[25]. *El fin de la edad de plata seguido de Nueve Enunciaciones*, Barcelona, Tusquets, 1995, p. 52.

[26]. Ibid., p. 53.

[27]. *La Kábala cristiana del Renacimiento*, Madrid, Taurus, 1979, p.

64 [28]. Valente, "Jabès o la inminencia", *Libros/ El País*, 13-1-1991, p. 12.

[29]. Valente, "La lengua de los pájaros", *Diario 16 / Culturas*, núm. 502, 23-9-1995, p. 3.

[30]. *El fin de la edad de plata seguido de Nueve Enunciaciones*, op. cit., p. 52.

[31]. Ibid., pp. 65-66.

[32]. Ibid., p. 67.

[33]. "Sobre el nombre escondido", op. cit., p. 3.

[34]. *El fin de la edad de plata seguido de Nueve enunciaciones*, op. cit., pp. 153-154. Recuerda Antón Risco que tanto él como Valente habían oído narrar la historia del poeta don Juan de la Cova Gómez que tenía un ángel en el cielo de la boca, de manera que cuando quería escribir una comedia le salía una ópera. (*Material memoria*, edición de Claudio Rodríguez Fer, Júcar, Gijón, 1994, p. 161).

[35]. Antón Castro, "José Ángel Valente: «Los grupos poéticos sólo sirven para que existan los mediocres» *ABC Cultural*, núm. 411, 11-12-1999, p. 9.

[36]. Ibid., p. 9

[37]. José Ángel Valente, *Obra poética 1 Punto cero (1953-1976)*, op. cit., p. 445.

[38]. *Las palabras de la tribu*, op. cit., p. 238

[39]. Mario Campaña, *Ajoblanco*, núm 107, mayo, 1998, p. 54.

[40]. Valente, "El ángel", *Obra poética 2 Material memoria (1977-1992)*, op. cit., p. 22.

[41]. Ibid., p. 22. [42]. *Cántigas de Alén*, Consorcio de Santiago, Barcelona, 1996, p. 67.

[43]. Ibid., p. 68.

[44]. Valente, *Obra poética 2 Material memoria (1977-1992)*, op. cit., pp. 104-105.

[45]. *La cábala y su simbolismo*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 165, 166-167.

[46]. *Variaciones sobre el pájaro y la red*, op. cit., p. 65

[47]. Ibid., p. 81.

[48]. Ibid., p. 83.

[49]. Valente, *Obra poética 2 Material memoria (1977-1992)*, op. cit., p. 189.

[50]. Mario Campaña, *Ajoblanco*, núm 107, op. cit., p. 54.

[51]. Ibid., p. 190.

[52]. Scholem, *La cábala y su simbolismo*, op. cit., pp. 33-34.

[53]. *El aleph*, Madrid, Alianza, 1995, p. 173.

[54]. F. Secret, *La kabbala cristiana del Renacimiento*, op. cit., p.193.

[55]. Valente, *Obra poética 2 Material memoria (1977-1992)*, op. cit., p. 197.

[56]. *La lámpara maravillosa*, Madrid, Austral, 1974, p. 127.

[57]. Valente, *Obra poética 2 Material memoria (1977-1992)*, op. cit., p. 198.

[58]. Valente tiene en cuenta la enseñanza de la *Torá* que entiende que “el justo, eventualmente, puede volver a recuperar su cuerpo de luz, penetrar en el interior de sí mismo y descubrirse tal y como era cuando los ángeles venían a gozar de su luz”. (Mario Satz, *Umbría lumbre*, Hiperión, Madrid, 1991, p. 144)

[59]. Valente, “ Ungaretti Inocencia y memoria”, *Diario 16 / Culturas*, núm. 149, 13-2-1988, p. 1.

[60]. Parece que Valente ha tenido en cuenta la obra *Mystère de la Charité de Jeanne d' Arc* (1909) de Péguy. (Véase, Hans Urs Von Balthasar, *Gloria*, 3, Ediciones Encuentro, 1987, pp. 438-458).

[61]. Mario Campaña, *Ajoblanco*, núm. 107, op. cit., p. 56.

[62]. *Cántigas de Alén*, op. cit., p. 90.

[63]. *Fragmentos de un libro futuro, “(El visitante)”*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2000, p. 65.